

IV. RESEÑAS

Pino-Ojeda, Walescka

SOBRE CASTAS Y PUENTES.

Editorial Cuarto Propio, Santiago, 2000.

El libro de Walescka Pino-Ojeda¹ tiene por objeto investigar el proyecto narrativo de las escritoras Elena Poniatowska, Rosario Ferré y Diamela Eltit. Específicamente indagar en el problema de “la opresión hacia la mujer entendida ésta como ente concreto (mujer) y como discurso (la representación de lo femenino)” (p.11). Su preocupación se abre también a otras formas de marginalidad como la de la situación política de Puerto Rico en relación con los Estados Unidos, las comunidades indígenas, los pobres, el *lumpen*, los dementes y los grupos *gay*.

Las conversaciones están precedidas por una “Presentación” en la que la autora plantea en forma más amplia el estado de la cuestión y sintetiza la posición de cada una de sus entrevistadas.

Así, si Alejo Carpentier sostenía la necesidad de nombrar la realidad latinoamericana para legitimarla lingüísticamente, Elena Poniatowska plantea que es necesario renombrar el discurso de la democracia, lo que la contacta con el proyecto de Rosario Castellanos. El trabajo de Rosario Ferré apunta a “resemantizar desde lo privado femenino aquello que ya ha sido definido desde lo público–institucional” (p. 15). A Diamela Eltit la inserta dentro de una escritura experimental que rompe con la lógica secuencial y da cabida a sujetos *lumpen*, a la demencia, etc.

El libro recoge las conversaciones con las autoras, sin embargo, por momentos uno se sorprende de la lata presencia del punto de vista de Pino Ojeda, hecho que, según mi opinión, desvía por momentos el libre curso del pensamiento de las entrevistadas e interrumpe el despliegue de sus reflexiones a veces no concluidas. Si bien es cierto, por otro lado, que la estructura del libro responde a “conversaciones” y no a una simple entrevista.

En esta reseña destacaré algunas ideas que me parecen claves para el acercamiento a la obra de las autoras presentadas.

¹ Chilena doctorada en la Universidad de Washington, Seattle y actualmente profesora en Nueva Zelanda.

Las conversaciones se dividen en tres capítulos:

- Elena Poniatowska: Sobre castas y puentes.
- Rosario Ferré: Familia e historia nacional.
- Diamela Eltit: El letrado y el *lumpen*.

Poniatowska ve en la base de su creación literaria lo intuitivo, piensa que todo surge “a partir de la emoción y del sentimiento del momento” (p.23). Frecuentemente sus palabras evidencian el dilema de que su dedicación al periodismo la ha alejado en muchos casos del ejercicio de las formas canónicas de la literatura. Dice que debería dedicar más tiempo a la soledad de la creación, a creer más en sí misma. Se manifiesta en ella una cierta inseguridad respecto de su quehacer estrictamente creador. “Siempre pienso que lo que vale es lo que me dicen los demás y lo que yo puedo decir siempre será secundario” (p. 27). Pero hay una fuerza que prima y la lleva al trabajo periodístico como cronista y entrevistadora y es que ello le permite denunciar lo que ve, escribir acerca de los problemas de cada día, mostrar la pobreza y dar voz a las frustraciones de los demás. Esto ha sido una verdadera obsesión a lo largo de su vida.

La conversación se centra largamente en la marginación de la mujer, en la dificultad de acceder a los centros de poder y en la falta de reconocimiento del valor de sus producciones literarias. Delata el hecho de que las que han entrado a las esferas de poder, instaladas allí se han dejado asimilar por lo estatuido.

La conversación permite conocer sus admiraciones literarias. En lo referente a la producción femenina destaca a Sor Juana, María Luisa Bombal, Rosario Castellanos, Clara Lispector y Elena Garro. Más adelante a Peri Rossi, Rosario Ferré, Diamela Eltit, Ana Lidia Vega y Ana María del Río. Marta Traba le produce un enorme impacto. Entre las españolas, Mercé Reboreda, Ana María Matute y Rosa Chacel.

Piensa que hoy se vive un “boom” de escritoras, hecho que se origina en parte en el gran número de lectoras. Pero reconoce que entre aquellas hay mucha literatura “light” y que en América Latina no ha surgido todavía ninguna Marguerite Yourcenar. Afirma que se siente infinitamente solidaria con las mujeres, pero que en su taller de literatura “me dicen que yo soy una crítica demoledora” (58). Tampoco cree que haya que proteger a escritoras como Xaviera Hollander, o escritoras de pornografía que usan la literatura para enriquecerse.

Muchos otros aspectos de enorme interés surgen en estas páginas. Por ejemplo, su familia, el entorno político en que se desarrolla su vida, su libertad crítica. Elena Poniatowska en su diálogo se “expone” y con ello posibilita un acercamiento más profundo al lector de su obra.

Con Rosario Ferré la conversación se despliega en torno a tres problemas: la relación entre literatura e historia familiar, el trabajo de la autora con la cultura popular y en el cómo sitúa su trabajo de creación en el marco de la literatura de mujeres de América Latina.

En *Maldito amor* y en *La casa de la laguna*, se abre al contexto político de su país. En la primera novela, se muestra la transformación de Puerto Rico desde una sociedad agraria y feudal a una sociedad industrializada. Usando la técnica del japonés Kurasawa,

se narra desde distintos puntos de vista lo mismo, hecho que impide establecer una verdad. Todo termina en una pregunta.

En *Memorias de Ponce* la narradora se borra para darle la palabra a su padre a quien considera una figura ejemplar. Paradojalmente, el texto se torna una autobiografía escrita por un otro. En Puerto Rico se decía “ella es hija de éste y está escribiendo su vida, pero eso no es ficción, es su autobiografía” (p.91). El lugar preponderante de su familia fue la causa de su alejamiento físico de Puerto Rico y la razón de sus publicaciones en inglés. Pero ahora, después de veinte años, es leída por su mérito literario y no por curiosidad acerca de su familia .

La “conversación” se centra latamente en la situación política de Puerto Rico y la resolución que dicho problema podría tener. El *Maldito amor* es la búsqueda de la independencia y el amor a la patria.

Respecto de la tendencia de hacer del lenguaje el protagonista de las novelas, ella opta por el contenido sociopolítico, alejándose de obras como las de Severo Sarduy, en las cuales el lenguaje es lo que sucede. A Rosario le interesa lo argumental. Pino-Ojeda le pregunta cómo pudo transgredir el ámbito familiar y criollo para pasar a lo popular, al encuentro con lo africano popular. Ferré contesta que había en Puerto Rico una mezcla natural. Negros y blancos, pobres y ricos vivían al lado y eran en muchos casos amigos que, incluso, los que dicen que son blancos están mezclados. Como escritora solo puede ser un espejo para que la gente se vea cómo es: “para tratar de entender cómo somos, qué somos, porque yo no puedo dar una receta” (p.116).

Ferré piensa que lo mejor que se ha escrito en los últimos veinte años en Latinoamérica es lo escrito por mujeres, mujeres que durante dos siglos habían prácticamente guardado silencio y que ahora están entregando su visión y con ello conociéndose a sí mismas y a la sociedad. Reconoce que para la mujer de clase media es difícil, porque no tiene el espacio necesario para escribir. Generalmente trabaja y llega a su hogar a realizar las labores domésticas. En muchos casos comienzan a cumplir su vocación cuando los hijos están grandes.

En lo que se refiere a una literatura “light” gestada por mujeres, no le parece algo grave, ni es algo que le interese, porque lo importante es que la mujer se exprese. Hay obras buenas y malas y ello no se origina en la forma de trabajar el lenguaje, sino en la falta de identificación entre lo dicho y cómo se dice. El tiempo será la prueba de lo que ha de permanecer.

Reconoce el valor de algunas escritoras anteriores: Delmira Agustini, Gabriela Mistral, Julia de Burgos, Rosario Castellanos, Clara Lair, Magali García Ramos, Ana Lidia Vega, Olga Moya.

A Diamela Eltit le atrae el juego con la tradición. En Marta Brunet le llama la atención su trabajo con lo rural, en María Luisa Bombal, la conciencia escritural más que sus temas, piensa que en Manuel Rojas se consolida la mirada poética sobre espacios no tradicionales, de José Donoso destaca *El lugar sin límites* y *El obsceno pájaro de la noche*, porque en estas obras comienza a circular lo psicológico, lo social, lo sexual.

A las preguntas sobre la cuestión política, Eltit declara ser crítica. Considera que lo que está vigente es una pseudo democracia sustentada en el consumo en que se evade

la cuestión de la desigualdad. Esta situación también afecta al quehacer literario. No se atiende a la obra sino al autor, hecho que para ella es algo dramático que la ha llevado a mantenerse voluntariamente fuera pudiendo acceder a las esferas de poder.

En lo que se refiere a la literatura testimonial cree que cumplió una función en cuanto “puso al subalterno sobre el tapete” (p.148), pero muy rápidamente desapareció el diálogo entre el letrado y el subalterno y se canonizó al primero. Por ejemplo, en el caso de Rigoberta Menchú, cuyo relato pasa por el imaginario de Elizabeth Burgos: la consecuencia será que el receptor quedará distanciado de manera inevitable de la verdad objetiva. La literatura testimonial en el Chile post golpe presenta textos interesantes, pero hay otros que no son literarios.

Pasando al campo de la literatura de mujeres, dice Eltit carecer de la distancia necesaria para juzgarla. Ella prefiere permanecer aislada. Cuando la mujer comienza a producir en forma masiva, el hecho será inevitablemente comercializado y transformado en producto del mercado. Hay escritoras que entran en el sistema utilizando el proyecto neoliberal. Piensa, sin embargo, que las mujeres siguen estando en un *ghetto*, excepto las que están en el lugar del best-seller. El resultado es poner a mujeres contra mujeres. Eltit dice no encontrarse en ningún lugar, porque sus proyectos van por otro lado. No son los escritores sino los críticos los que deberían aclarar estos hechos.

En su acción escritural hay un lector ideal cuya fantasía la acompaña. Pero cuántos sean los que la lean no es algo importante para ella. Se ha afirmado que sus textos son para una elite, que no pretende contribuir al sistema, que quiere herir la discursividad canónica, que se instala en la diferencia. A esto Eltit responde que no escribe para transformar la realidad. Piensa que escribe sobre temas tradicionales, pero el modo de hacerlo es lo diferente y reconoce que no siempre logra plasmar lo que desea.

El *lumpen* es una metáfora que puede estar en un sujeto burgués. Representa un espacio de marginalidad extrema, lo que Eltit ha querido realizar con esto es una empresa lingüística. Por ser letrada estaría fuera de ese sujeto que pertenece al *lumpen*, pero tal vez no por su biografía. En su mente están los códigos del letrado y los del *lumpen*, por esta razón puede pasar del lenguaje pulcro al ultra popular sin problema. Conoce dichos lenguajes, los ha habitado. Lo que ha querido hacer es una metáfora de bordes. Bordes que existen en todos los seres humanos.

Pino-Ojeda califica las observaciones de Eltit como difíciles y complejas, a lo cual Eltit responde que habla porque le preguntan y que en verdad lo que tiene que decir está en los libros en los cuales no es ella tampoco la que habla. Acota que a su discurso real, en el hoy de la entrevista, no hay que darle crédito, porque ella va cambiando constantemente hacia una forma cada vez más irreflexiva.

Pienso que estas “conversaciones” abren un espacio enorme de reflexión, que son un aporte notable y de gran ayuda para el estudioso de la literatura.

ANA MARÍA CUNEO M.
Departamento de Literatura
Universidad de Chile